

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## DE RE JUGLARESCA

## EL ÚLTIMO BARDO

YA no volverá a sonar a mi puerta aldeana Jesús da Pota —viejo amigo, campesino, cazador, socarrón y cordial— con su alegre punta de malicia bailándole siempre en los azules ojos. Entraba con salmodias:

San Lorente,  
persiname en la frente.  
San Gonzalo,  
líbrame del malo.  
San Benito,  
que ningún esprito (sío)  
durmiendo se me entre  
en la boca ni en el vientre...

Jesús, de apellido Gestido, era hombre lleno de sabiduría y posiblemente el espontáneo coleccionista de más refranes, sentencias y versos que existía a todo lo ancho y largo del antiguo Reino de Galicia. Horaciano y bebedor, representaba, ante el incalificable apresuramiento de la época, el fino sentido de la juglaría, desdichadamente hoy perdido, siendo siempre su conversa-

ción fecunda y divertida, sumamente provechosa y aconsejable. Sabía de casi todo —incluso de astrología, con las conjunciones correspondientes para el ser humano— y sobre todo tenía la oportuna y feliz palabra. Incluso sabía de política, cosa difícil si las hay en estos tiempos, y nos atrevemos a creer que sus sentencias podrían servir de mucho a más de un ministro.

En el fondo y como buen gallego era reservón, pero no ocultaba su pesimismo ante la marcha que la humanidad lleva. Así nos confesaba su escepticismo frente a los hombres, los casos y las cosas, aunque —decía— con desesperarnos no hacemos nada; lo que hay que procurar es seguir siendo supervivientes —la bomba atómica, como buen campesino enamorado de la regularidad de los surcos y las cosechas, lo trastornaba— y tomar una copa de buen aguardiente por las mañanas, sobre todo cuando se madruga, para disipar los malos humores de la tierra que se meten en la cabeza antes de salir el sol —en este sentido, Jesús da Pota, aunque sin saberlo, seguía al griego Heráclito—, y procurar cantar

un poco todos los días, pues el hombre que no canta acaba siempre mal, y el cantar, por otra parte, no hace daño a nadie. Con una taza de vino en la mano estaba inefable.

O viño  
Inforta os corpos.  
Água ab Intestatis  
non intres in corpus miqñ  
porque crías gusaratis.

La filosofía de Jesús era en el fondo estoica, con ciertas vetas de cinismo, manifestada sócráticamente a través de una inagotable facundia. Lo mismo nos espetaba una sentencia latina, aprendida de un antiguo tío cura que le enseñó las primeras elementales humanidades, luego superadas en el contacto con la vida, que improvisaba un verso para no importa qué circunstancia, suceso o persona.

—A propósito, Jesús —le decía desplegando ante él el periódico de la mañana—; mira cómo anda el mundo...

Jesús se rascaba cazurramente una oreja, encendía con su «chisqueiro» el apagado pitillo y me largaba una de sus inconmensurables filosofías, tal vez la preferida:

El mundo está caducante,  
prevaricada la gente,  
las virtudes en menguante  
y los vicios en creciente.  
Abusivos los de arriba,  
en escándalo la plebe,  
no se paga lo que se debe  
y el sagrado va ofendido.  
En fin, que todo anda perdido...

Se nos fue Jesús al filo de este maravilloso otoño, cuando todo el campo huele y sabe como un vino cordial; como a él le gustaba. Siento que, sin su compañía, me voy a quedar bastante solo.

José María CASTROVIEJO

## OMBLIGO DEL MUNDO

## EL HUMANISTA Y LA MANZANA

EN realidad, no se les podría echar toda la culpa a ellos: antes que los «humanistas» de profesión, el mismo «hombre» vulgar y corriente ya hizo cuanto estuvo a su alcance para proclamarse algo así como «el ombligo del mundo». Las más antiguas mitologías coinciden en este punto. Los dioses crearon el Universo, y pusieron al hombre en su centro: tal es la convicción. Y quizá tenía que ser así. La humanidad necesitaba «saberse» excepcional, y probablemente el hombre empieza a ser verdaderamente «hombre» —digan lo que digan los antropólogos —el día en que llegó a esa conclusión: el día en que «decidió» que no formaba parte de la zoología, sino que el suyo era un caso «aparte». Hasta el momento exacto de tomar dicha resolución, sólo era un «pitécántropo» o un «antropóliteco» más o menos «erecto»: un antropoide. Con el tiempo, llegaron los «humanistas». El sufljo «ista» indica al fan, al forofeo, al «partidario» militante. Por supuesto, la exaltación del «hombre» que montaron los «humanistas» no se dirigía al resto de la Creación: no frente al tigre, al lehecho, a la nube, al langostino, a la lombriz, al mar, al pino, a la ballena... Esto se daba por obvio. Los «humanistas» querían emancipar al «hombre» de sus dioses. En el fondo, de ahí arrancan.

Lo que habitualmente llamamos «humanismo» —o lo que se llama «humanismo» en las academias y en las escuelas— no suele presentarse de una manera tan simple y expedita como yo acabo de improvisar. En principio, el «humanista» viene a ser una especie de profesional de los estudios grecorromanos. Hay eruditos que sitúan los comienzos de la maniobra en la época de Carlomagno. Sin duda, exageran, y no poco. Otros se refieren al siglo XIII, y la cosa sigue turbia. Más razonable parece empezar con el Petrarca y con el Boccaccio. De todos modos, resulta menos discutible avanzar hasta la segunda mitad del XV. Fue entonces cuando, de veras, la afición a las Letras antiguas, helénicas y latinas, se afirma, y cuando, por otro lado, de los meros ejercicios filológico-recreativos se pasa a una actitud ideológica bastante definida. Es costumbre citar a Pico della Mirandola como emblema. Este individuo escribió un papel «Sobre la Dignidad del Hombre» que no deja de ser significativo, y que da pie a una larga fluencia de tópicos doctrinales y re-

tóricos. La «dignidad» reclamada se plantea en dulces términos abstractos: más que la dignidad de «cada hombre» frente a sus congéneres, y en particular frente a los congéneres poderosos, se exigía frente a los demiurgos, a las nociones de ellos derivadas, a sus coacciones morales. Menos da una piedra, desde luego. Era una primera tentativa —imprescindible— de liberación. Sólo que... Bueno: no hay pro sin su contra, y a ello voy.

Los «humanistas», lanzados a reivindicar al «hombre», a exaltarle, a conferirle «dignidad», le convirtieron en personaje de comedia: le calzaron coturnos y le hicieron hablar con hexámetros. Claramente, hubo mucho más. Lo del «nihil humanum a me alieno puto» atenuaba el énfasis, en la medida en que se daba entrada en el cuadro a la miseria, la perversión, la desgracia, incluso la mediocridad. Pero la conclusión más inmediata y enérgica había de ser lo contrario: añadir centímetros, metros, al «pedestal» que el hombre ya se confeccionó mil o dos mil años antes. Alejados los dioses, el hombre «creció». Todo había sido establecido «para» él: la Naturaleza entera le pertenecía. Las montañas y la gallina, el nabo y los astros, la fuente y su curso, el caballo, el trigo, el hierro y la madera, el unicornio y la piedra filosofal, estaban a su «servicio». Y lo estaban por definición: porque él era el «hombre» y el resto eran las «cosas». El criterio no podía ser más ingenuo, claro está. En parte, se explicaba por el hecho lúmpico, aunque no siempre admitido a escala teórica, de que el «hombre», en efecto, iba aumentando su dominio de las «cosas»: de la Naturaleza. Con todo, la euforia se apoyaba más en sí misma que en las ventajas de la joven ciencia experimental. Bien mirado, los «humanistas» nunca prestaron mucha atención al trabajo de los científicos. O no tanta como correspondía. Ellos argumentaban desde premisas éticas y metafísicas, a menudo únicamente literarias... Y así iban tirando.

Una caricatura final sería el conocido caso de algunos optimismos del siglo XVIII. Me apresuro a confesar que, hoy por hoy, todavía comparto aquella sonriente afirmación de don Eugenio: «el siglo XVIII es lo más apartado de la prehistoria a que ha llegado la humanidad». D'Ors lo dijo con otras palabras, pero iba por ahí. «Cum grano

salis», hay que aceptarlo. El Setecientos, sin embargo, llegó a extremos pueriles de entusiasmo. No hará falta evocar la «indignación» que produjo el terremoto de Lisboa en determinados ánimos, ironías aparte. Si el mundo fue confeccionado para el hombre, y el hombre es su protagonista, dueño y señor, un movimiento sísmico —al menos, un movimiento sísmico en el área europea— era una insolencia imbécil, difícil de perdonar. Más divertido aún es lo del abate Bernardin de Saint Pierre, el de «Pablo y Virginia». A mí me gusta repetirlo. Este escritor sostenía, y en serio, que los melones tienen sus estrías estilo meridiano «para» facilitar su corte en rajitas, y de consiguiente, el consumo familiar. Las pulgas son negras, precisamente, «para» que resulten cómodas de detectar sobre la blancura de las sábanas y de la ropa interior, y así puedan ser machacadas por el dedo precisamente llamado pulgar, según la etimología callejera. Etcétera. Puede hacernos reír el abate francés. Pero desde Pico y sus amigachos, con los coturnos y los hexámetros, no había más remedio que desembocar en estas tonterías. Más candor no cabe.

Y lo curioso es que Teofrasto... Teofrasto circuló por este valle de lágrimas en el siglo IV antes de Cristo. San Jerónimo informa que llegó a vivir 107 años: edad envidiable, en la hipótesis de aguantarla con lucidez y salud. Discípulo sucesivamente de Platón y de Aristóteles, Teofrasto se dedicó a la botánica. Herborizó lo suyo, meditó sobre tallos, pistilos y hojas, y acabó redactando una «Historia de las Plantas». No es que haya leído este insigne papel ni que sepa mucho acerca del particular: me limito a seguir sus noticias del doctor Reyes Prósper (1860-1921), paisano mío y especialista en los mismos estudios. En su «Historia de las Plantas», Teofrasto estampó esta frase genial: «La parte carnosa de una manzana no se ha producido para que el hombre la coma, sino para proteger al fruto.» Reyes Prósper dice «fruto»: hay que entender «semilla», que, en definitiva, es lo mismo. Mal que nos pese, esto es lo cierto: la manzana no está ahí para servirnos de postre. Ni el cordero para proporcionarnos chuletas, ni el mar para que lo utilicemos como balneario, ni los demás para... El «para», capciosamente manipulado por el único que puede hablar, que es el hombre, lo dice

todo. Quizás el gusano piense respecto de la manzana como el hombre: lo lógico sería que sus intenciones, y sus derechos —«para mí»—, fuesen más broncos y rotundos, porque para él la pulpa en cuestión no es un postre, sino el alimento básico... Los «humanistas» rara vez piensan en el árbol ni en el bicho de la manzana. La manzana para él es «para él»: comestible o cosecha.

Me retracto: para el «humanista», la manzana no acaba de ser comestible ni cosecha. La manzana es comestible y cosecha para el «hombre», a secas. Para el «humanista», al fin y al cabo, la manzana no existe, o existe «poco». La come de vez en cuando, o cobra de su venta si es propietario rural —el «humanismo» clásico es un epifenómeno de la propiedad rústica: no se puede leer a Horacio, ni a Suetonio, ni a Platón, sin un huerto disponible—; pero «ignora» a la manzana en tanto que «algo que es». La verdad: la manzana no representa con demasiada «violencia» a la Naturaleza. Un virus, un tornado, son más Naturaleza. De momento, la Naturaleza «indómita» es el virus o el tornado, y el terremoto, y la incógnita del cáncer, y el fuego y el agua cuando se desmandan, y los demás exabruptos incontrolados. El mismo tigre, el puma y el elefante, el león, se integran en el zoo, en el safari o en las reservas subvencionadas por los ministerios. Del ruiseñor, del perro o del periquito, no vale la pena ocuparnos. El solomillo, el pollo de granja, los huevos, son industria alimentaria. Del asno y del rocín ya es superfluo hablar: los tractores les suplantaron. Y dejo a la imaginación del lector las posibilidades restantes. Eso es nuestra vida de cada día. El «humanismo» tradicional no tiene nada que ver con eso. Ni el coturno ni el hexámetro. El «hombre» se proyecta sobre y contra la Naturaleza para utilizarla: para someterla a su «para». Pero no porque sí: no por su «dignidad», ni por las consagradas zarandajas del monumentalismo antropocéntrico. Eso es poesía lírica, y no siempre de la buena. El «hombre», en última instancia, es eso: un «elemento» más del panorama «biológico», una pizca más hábil que sus compañeros de destino, microbio o roble, pirla o cerdo, océano o jamelgo. Si «humanista» quiere decir algo es Galileo, no Pico.

Joan FUSTER

**MONT  
BLANC**

Diseño moderno  
Técnica perfecta  
Alta calidad



**MONT  
BLANC**

La calefacción no es cara... si es

**johnson**  
MULTI-FLOW

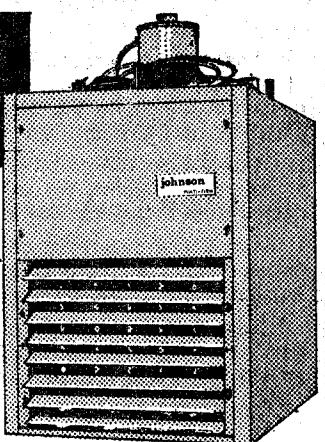
Generadores de aire caliente con quemadores a gas ciudad, gas natural y propano.  
INDUSTRIAS, ALMACENES, GRANJAS... etc.  
No importa las dimensiones de los locales

**johnson** MULTI-FLOW

puede suministrarse con diferentes potencias de calor

INSTALACION RAPIDA Y ECONOMICA  
AMPLIAS REFERENCIAS:

Talleres Indesme, S. A. Pje. Badal, 10-12 Tel. 249 93 00. Barcelona 14  
Distribuidor DICOSA: P.º de Gracia, 50, 4.º, 7.º, A. Tel. 216 03 34 Barcelona 7



**REGALOS EMPRESA**  
DISPLAYS PUBLICITARIOS  
EXPOSITORES  
ARTICULOS RECLAMO  
MODELOS PATENTADOS  
FABRICACION PROPIA



**nayova**®

Sicilia, 253 - Tels. 257 55 59  
258 57 89

**ESI**

**Escuela Superior de Informática,**  
le formará en esta nueva profesión.

- Seminarios de programación y análisis
- Prácticas con **nuestros ordenadores** realizadas en SERESCO, S. A.
- Alto porcentaje de colocados

**PIDALO Y LE PREPARAREMOS UNA VISITA INFORMATIVA A NUESTROS ORDENADORES**

**bit** S.A./Manila, 49 Tel. 203 68 50 Barcelona